

RELATOS COLECTIVOS

14. Los rumores del tubo
15. Calor en el páramo
16. Cuando el río suena...
17. Puente Largo
18. Historias de El Rosal
19. Casa Fantasma (video en animación)
20. Viaje sin regreso: Florencia – Samaná (video en animación)
21. El incendio
22. Los chuzos
23. Villa Cuchillo

Arauca

Los rumores del tubo

Producción de historia: Germán Cuesta, (El Alcaraván - Arauca)

“No exagera el que cuenta, es un problema de las pocas luces del que escucha”.

Pancho Villa

“No es un cuento. Es un sucedido”.

Manuel Rivas

Acerca del rumor

Narraciones breves en forma de cuentos, leyendas o mitos. El rumor tiene una alta carga de especulación y exageración, que hacen parte de una complicada red de comunicaciones en la que habitan las personas que conviven en una comunidad. Al escribirlo es posible desmitificarlo. Como ocurre en los relatos fantásticos, el narrador de estas historias aparece debidamente autorizado (se trata de un narrador imparcial, cercano, fiable y, muchas veces, escéptico), y los hechos referidos ocurren en lugares poco transitados, solitarios, lejanos a la comprobación.

Un rumor puede ser, como en el diccionario, “voz que corre entre el público”, “ruido confuso de voces”, o simplemente una “voz común”. A través del rumor hasta la más insignificante e insuficiente de las emociones puede convertirse en el centro de atención, cautivar, asombrar, enseñar. Las bases de esta comunicación son, esencialmente, la memoria de la gente y los recuerdos de prácticas comunes: actos sin sujeto referidos a otros.

Los rumores se convierten en leyendas que encierran, como todos los relatos fantásticos, un mensaje didáctico: la prudencia de no tentar a la suerte, de no entablar familiaridades con aquellos que nos son desconocidos y, en suma, de no violentar las normas que garantizan la tranquilidad del individuo y las comunidades. Los rumores traducen las angustias, los temores, las creencias y las esperanzas colectivas de una sociedad en un momento dado.

Son esas historias extravagantes pero creíbles que pasan de boca en boca, y que no dejan por esto de tener validez, sobre todo porque afectan el mundo de la vida cotidiana. Profundamente arraigados en nuestra cultura, basada en la tradición oral, y nutridos de coincidencias increíbles que les dan valor, los rumores se convierten en parte estratégica del conflicto. No hay autor. Son narrados tal y como si el protagonista de la historia fuera el relator, aunque este, a su vez, la haya escuchado de alguien más. Es una cadena sin fin de miedos.

A las historias que circulan alrededor del conflicto solo hay que despertarlas, actualizarlas. A través de ellas se aprenden lecciones sobre el bien y el mal.

Las innumerables leyendas del conflicto muestran hechos actualizados de los viejísimos motivos de las historias del miedo. Con la misma prevención y temor con que antiguamente se contaron las historias de apariciones o de la bola de fuego, hoy estas leyendas ponen en escena motivos similares, como la muerte y el horror.

A continuación presentamos una serie de narraciones, de hechos que han marcado nuestra historia del conflicto, acontecimientos que hoy son anécdotas y que, en épocas no muy lejanas, serán historias de miedos y dolores.

De miedos, cazabobos y borrachos...

“En el área rural de Arauquita, municipio situado a 390 kilómetros al noroccidente de Bogotá, una persona murió y otra quedó herida al explotar un carro-bomba en la noche del domingo, informó la Policía del Departamento de Arauca. Las víctimas viajaban en un taxi que fue alcanzado por la onda expansiva. Los daños allí fueron menores pues el vehículo explotó en medio de una carretera que comunica a Arauquita con el caserío de El Troncal, en donde presuntos guerrilleros de las FARC lo dejaron abandonado cinco días antes.”

Fuente: Associated Press

Lunes 11 de agosto de 2003, 11:35 a.m.

El carro quedó abandonado en el centro de la carretera, en toda la curva. Era una camioneta Luv 1600, que había servido a la comunidad de Arauquita y El Troncal. Lástima el carrito, prestaba un servicio; llevaba leña, hacía perifoneos. Hasta cargaba a los muertos antes de que llegaran las funerarias.

Aunque el carro quedó atravesado en la mitad de la carretera, había suficiente espacio para que las personas, y con algún esfuerzo los carros pequeños, pasaran sin tocarlo. Fueron muchos los que durante esos tres días transitaron por necesidad o por curiosidad. Seguramente como uno ya está acostumbrado a convivir con el peligro, pues seguía pasando.

Para todos, el carro estaba cargado de explosivos, pero nadie se atrevía a confirmarlo o a desmentirlo. La gente decía que el Ejército ya lo había visto, que hasta se le habían montado encima, que eso no tenía nada...

Muchos de nosotros comentábamos al lado del carro:

–Que sí... Que el Ejército ya lo vio, que no tiene nada

–Ah bueno... Entonces ábralo...

–No, gracias...

Pero el Ejército nunca había venido a verlo. Con uno que lo hubiera dicho, ya se daba por hecho.

“Venía andando con mi carrito y unos milicianos me salieron al encuentro en la carretera, en la curva, que llaman, ahí en la lechería. Me encañonaron, me quitaron la camioneta”, contó el chofer de la Luv.

“Entonces, como tenía mucha rabia porque esa era mi herramienta de trabajo, intenté averiguar personalmente si tenía una bomba. Por eso, con un nylon y un par de anzuelos amarrados a la puerta, a una distancia algo más que prudente, intenté abrirla, pero pudo más el miedo”.

“Recuerdo que cuando puse el denuncia porque me quitaron mi carrito, estaban desactivando bombas en la parte de arriba. Cuando hablé con el comandante del Ejército él me dijo: hermano, yo estoy ocupado ahorita pero vamos a ver qué hacemos. Le pedí entonces permiso para darle un tiro desde lejos al carro. Dijo que no”.

Las cosas no siempre han sido así en el El Troncal, una población localizada a cinco minutos del casco urbano del municipio de Arauquita. Para sus habitantes, el trabajo agrícola, sobre todo el cacao, ha sido por mucho tiempo –y este sí que no es un rumor– la fuente principal de ingreso económico y de ocupación. Desde que el petróleo apareció en la región, se trastornó su tranquilidad. Diferentes grupos ilegales hicieron más efectiva su presencia ante la cantidad de recursos que traería el oro negro.

En otra oportunidad, habían instalado un bus de CootranstefluArauca. Acá más arriba. Decían que tenía bombas. Y no, no tenía nada. Quien revisó el bus fue el mismo conductor, que se metió por debajo. Miró y no, no tenía nada. A los poquitos días instalaron la Luv en El Troncal.

Con las horas se fue haciendo más fuerte la idea de que el aparato tenía una carga explosiva. Sin embargo, teníamos dudas. ¡Cómo si no viéramos! Nosotros ya sabíamos que aquí hay algo que se llama cazabobos: antes de una bomba grande hay una pequeña. Detrás de algo en donde dicen que no hay nada, hay algo más grande.

Pero la gente dudaba y no. La curiosidad es más grande que la prudencia y el chisme más grande que las evidencias. En este caso, todo parecía indicar que el carro tenía carga explosiva: la puerta estaba amarrada siguiendo una ruta de manera que al abrir la puerta se estiraba la cabuya y se activaba la bomba, si era que la tenía.

Sí. El carro duró como tres días. La gente seguía pasando por los laditos...

Los *pelaos* venían de pasada, de jugar fútbol en otra vereda, venían *traguiados*. Pararon a orinar más adelante de donde estaba la Luv pero, por la curiosidad y el valor que dan los tragos, el *pelao* se vino para el carro, pensando en voz alta: “esta mierda no tiene nada”. Una frase para sus amigos y para la honra de su valentía.

El *pelao* se confió porque estaba tomado, y normalmente no era tomador... pero con los tragos en la cabeza se le hizo fácil abrir la puerta... Como yo le decía a usted, eso fue una suma del rumor con el alcohol.

El abrazo de la muerte

A finales de los años ochenta hubo un capitán del Ejército que tenía una estrategia militar consistente, según él, en que el enemigo se auto eliminaba. “No necesito matar a ningún guerrillero porque ellos se matan solos”, decía.

El capitán, de apellido Martínez, llegó a Arauquita con unas “operaciones psicológicas”, como las llaman ellos. Operaciones de adoctrinamiento, procedimientos de culturización de la gente, de sacarla de lo que llaman la ilegalidad, de llegar a convencer. El tipo era muy hábil, usaba mucho la estrategia de saludar a las personas:

–*Quiubo* compadrito, gracias por el informe que me dio...

–¿Cómo así comandante? –decía usted sano, sin saber nada

–Ay... Acuértese que usted me habló de fulano de tal, que es de la guerrilla.

Hablaba así para que los demás oyeran. Al otro día, hombre muerto. Así era como funcionaba. Es que con la guerra las cosas son así. Cuántas muertes injustas, cuántas muertes se atribuyen a la estrategia del capitán.

Sucedió primero con una gente que venía de Puerto Matos. Los tipos llegaban a Arauquita y el capitán les decía: “ey, chino, que a usted yo lo conozco, un tipo chévere...”. Después de que les brindaba unas cervezas, les quitaba la cédula y los paseaba por Arauquita. Caminaba con ellos mientras les pasaba el brazo sobre los hombros. La gente decía: “este hombre ya está muerto”. A los días, hombre muerto. La guerrilla lo pelaba.

El capitán llegaba y se paraba en la esquina de un parque o de un barrio y comprometía al que se le acercara. En su estrategia de guerra también hablaba por el altoparlante, ese que utilizábamos aquí cuando llamaban por teléfono a alguien: “fulano de tal, lo llaman por teléfono”. Él lo usaba para tratar de motivar y a la gente para que se pusiera en contra de la guerrilla.

Desarrollaba unas estrategias diferentes a las de la mayoría de los comandantes que habían venido. Seguramente ya estaban establecidas en el manual de operaciones psicológicas. Y él sí que las aplicó aquí en Arauquita.

Mucha gente venía por el petróleo a buscar trabajo. Las personas de la zona solo sabían que eran trabajadores y campesinos. El tipo se ensañaba con los de Puerto Matos porque ahí estaba la guerrilla, operaban allá... Puerto Matos, Aguachica, El Oasis, Los Chorros y La Paz eran las poblaciones objetivo del capitán.

El domingo pasado dizque paseó y abrazó a un *man* por todo el pueblo. Otro inocente. Apareció muerto más acá del camino de Puerto Matos.

El capitán cumplía. Acababa con la guerrilla sin disparar un solo tiro.

Uno lo veía y se le perdía. Si uno hace cuentas de lo que dice la gente, son como diez las personas que hizo matar. Nombres de los muertos ya no hay. El tiempo pasa y uno se olvida. O el miedo lo hace olvidar.

Hasta que un día alguien se le paró. El capitán sacó al hijo de un señor, tarde en la noche, y lo llevó abrazado calle arriba. Pero el tipo comenzó a gritar: “el capitán me va a matar”.

El hombre le hizo escándalo. Entonces, la población aterrizó...

Todos éramos colaboradores para él. Lastimosamente algunas personas inocentes cayeron en la táctica del capitán. Simplemente recibieron el abrazo de la muerte.

El monje con botas

En la mitad del camino de Arauca a Arauquita se encuentra San José de la Pesquera, una población con unos 600 habitantes. Es una comunidad con mucha gente joven. La actividad preponderante es el jornal; la pesca no es constante porque depende de las subriendas. También hay quienes se dedican a las actividades agrícolas y al transporte fluvial de mercancías y personas.

Es una población de gente trabajadora y de historias de apariciones en mitad de la noche. A diferencia de muchas de ellas –como las de Florentino y El Diablo, que hacen parte de la cultura llanera–, la historia del Monje se fue haciendo real con los días. Era un Monje con unas botas que se le quedaron en la huida.

La historia comenzó aproximadamente en el 2005. Una de las habitantes del pueblo dice que se le llamó el Monje porque coincidía con una novela venezolana que se pasaba por ese entonces, y que era la historia de un señor que atacaba a sus víctimas entrada la noche. Otro poblador, don Belisario, un transportador, dice que se debe al imaginario costeño, ya que muchos de los habitantes de San José de la Pesquera son de esa región colombiana.

Lo que sí está claro es que el objetivo del Monje eran las niñas menores de catorce años. No las atacaba físicamente, pero las observaba, las tocaba, se les aparecía desnudo y les dejaba revistas pornográficas encima de la cama. Era morboso. Era un bravo para superar obstáculos, subir y bajar a las casas, trepar paredes, arrastrarse por los tejados de zinc de manera silenciosa y sigilosa. Por eso comenzó el rumor de que era combatiente de alguno de los grupos armados. Siempre cargaba sus herramientas de trabajo: pinzas para cortar alambre, una linterna pequeña, un cortafrío, cuchillo y revistas pornográficas.

Doña Matilda, representante de la Junta de la Pesquera, comenta: “cuando me sucedió a mí, él se subió por un palo de mango que había enseguida de mi vecina, caminó el techo buscando por dónde levantarlo y meterse. Yo fui una de las que duró más de mes y medio con esa zozobra. Pero como dormía con un ojo abierto, ya en una ocasión tenía lista una tabla y cuando sentí que se arrastraba por el techo, lo encendí a tablazos. Desde ese día no me molestó más”.

Decía la gente que en los cuartos donde lograba meterse era porque les echaba escopolamina a sus víctimas, pues no existía otra explicación. En una ocasión se metió en la casa de una muchacha, ahí le rompió los pantaloncillos al marido y a ella le picó las tangas y el brasier. No se sabe si abusó de ambos, pues los dos comieron callados.

En otra casa, de una niña como de trece años, vieron la figura del hombre a eso de la una de la mañana. Se hizo el escándalo porque la niña se alcanzó a despertar y lo vio desnudo al frente de su cama. La noche siguiente, el Monje intentó meterse de nuevo, pero ya todos estaban advertidos y lo sacaron corriendo. Lo vieron saltando cercas y tapias.

Pero como todo: la gente se fue cansando y organizando, le tenía que llegar su último día. Se metió en una casa donde dormían un hombre y su hija. Andaban pilas. Apareció pero lo sacaron corriendo desnudo y en botas por los cultivos. La gente salió y casi lo agarran. Le hubiera ido muy mal porque el papá de la menor llevaba un machete, pero como era ágil como un gato se alcanzó a volar. En su huida dejó una camiseta, una pañoleta negra de las que usan los combatientes y sus botas.

Las autoridades militares, al recibir la denuncia, solo dijeron: “si lo pillan, denle en la jeta”. A ellos no les quedaba bien que los relacionaran con ese caso. Era menos probable que alguien de la guerrilla se arriesgara tanto. El todo fue que el Monje nunca más regresó, aunque los rumores decían que se había trasladado a la vereda Las Bancas.

Don Belisario, el transportador, dice que en alguna ocasión se le subió al carro un pasajero con peluqueado militar y, cuando iban llegando al terminal, le preguntó si sabía algo del tal Monje. Él le respondió que nunca se volvió a saber nada. El señor soltó la carcajada y le dijo: “no crea, seño. Yo pienso que más pronto que

tarde vuelve a aparecer”. Acto seguido, se bajó del carro. Como en toda historia de apariciones, hay en ésta un final misterioso que deja en suspenso la imaginación de los pobladores.

Sí paro... no paro... sí paro

don Chepe lleva más de quince años transportando gente en su taxi en la ruta Arauca-Araucita-Saravena-Arauca. Apenas se levanta, lo primero que hace es encender su radio de pilas y sintonizar las noticias. Una en especial, la de los paros armados, se ha repetido tantas veces en los últimos años, que lo único que él puede hacer es ir al terminal de transportes y escuchar lo que dice la gente. Si el rumor no suena convincente, debe atreverse a salir y comprobarlo por sí mismo.

En un conflicto tan prolongado como el de Arauca, un rumor puede hacer perder la confianza, la tranquilidad y la serenidad de la vida cotidiana. Cuando los rumores dicen que hay paro, está de por medio el transporte de los pasajeros, el transportador, las mercancías y los productos perecederos... En fin, el comercio y la cotidianidad.

“Se dice que hay paro, pero yo pasé y no hay retén por ahí. Y puede que usted no encuentre un retén, pero si lo llegan a agarrar le queman el carro o se lo llevan”.

Un transportador recuerda que en octubre de 2005, el departamento de Arauca soportó un paro armado decretado por uno de los grupos insurgentes. “Para el señor gobernador eso fue un paro psicológico, pero eran los transportadores quienes recibían las llamadas de uno de los grupos, que daban órdenes a las empresas y a la gente para no salir. Y lo peor de todo es que en la capital dicen, como salió en un periódico de circulación nacional, que le comemos cuento a esas amenazas y paralizamos todo. Allá en Bogotá dicen ‘esos son unos miedosos’, pero acá la realidad es otra. Esa es la otra cara del rumor”.

“La guerrilla nos da la orden de parar, amenazándonos con quemar los carros. El Ejército nos dice que las vías están protegidas y que es nuestro deber prestar el servicio. Y, para completar, las AUC llaman a decirnos que nos van a incinerar los taxis si no salimos” dijo un taxista. “Entonces, compadre, se les hace caso o...”.

Cuando hay un paro también viene lo de las torres. Alguien dice: “no dejemos nada que tenga que ver con refrigeración porque van a tumbar las torres”; y la gente comenta: “no demoran en darle a la torre”. Eso hace parte ya de la cultura de Araucita, influye mucho. “Hace un mes que no le dan a la torre, no demoran. Mejor no dejemos nada este fin de semana”, y, así mismo, los proveedores dejan de traer

sus productos. Eso se forma una cadena y todos terminan parando sus actividades normales.

En Arauquita ocurrió un caso muy gracioso. Un día con rumor de paro, don Virgilio Rincón no abrió su negocio; de esas cosas que ese día no quiso abrir. El señor del negocio de al lado llegó y dijo: “uy... ¡Mire! ¡Comenzó el paro! No abrió don Virgilio”.

En media hora, los que tenían abiertos sus negocios cerraron. Y los otros, pues no abrieron y después se fueron a mirar qué era lo que pasaba.

–Don Virgilio, ¿por qué es que usted no abrió?

–No, es que hoy estaba enfermo y me dio pereza abrir –respondió.

“Mucha gente hasta se va, pero lo más chistoso es que algunas veces el mismo Ejército es el que hace el paro: detienen a los carros en la Yuca, dizque para hacer una caravana hasta Arauca... que toca esperar la caravana, por seguridad... y se forma entonces un trancón terrible ¡Y con ese calor!”.

Rumor o no, el paro de octubre de 2005 terminó cuando las Farc anunciaron el fin del mismo, a través de un comunicado enviado a las emisoras del departamento.

¿O solo fue un rumor que duró 23 días?

“¡Son cosas que ya hacen parte de nosotros!”.

Niños para la guerra... un rumor sordo

“Por su parte, el Gobernador de Arauca, Julio Acosta Bernal, asegura que todo son rumores. Dice que no existe ninguna denuncia oficial sobre el reclutamiento de algún menor.

En Arauca tampoco se descarta que las Farc simplemente hayan hecho correr el rumor para mostrar un mayor poder en el área rural.”

Fuente: El Tiempo (Bogotá, Colombia), Viernes 11 de agosto de 2006

“Que la gente dice que los *faruchos* están reclutando niños para sus filas”... “Que no, que son los *elenos*”... “Que de una vereda se llevaron dos pelados”.

Los menores en los colegios del municipio de Arauquita y otros municipios del departamento, han tenido que padecer algunas veces por este rumor sordo. Cuando corre la noticia de la supuesta incorporación, en algunas veredas del municipio de Arauquita el temor invade a los padres. Todo se trastoca, dejan de mandar los niños

a las escuelas, los tienen que acompañar y recoger, deben abandonar algunas labores y hasta sacarlos del municipio; incluso del departamento.

“De mi vereda, que yo sepa, no se llevaron a nadie, pero sí supe que de otras veredas cercanas se llevaron dos niños”... “Yo también escuché que de Las Bancas se llevaron a dos”.

Así comienza un murmullo que después se convierte en pánico general. Los padres mandan a que otras personas averigüen si en efecto se han llevado niños. Los mensajeros regresan con la noticia: “no, de Las Bancas no se han llevado a nadie”... “No, ni de San Lorenzo”. Fue tan solo un rumor, pero la gente se llena de temor.

“Acá también a muchos profesores les ha tocado irse, porque los llaman con nombre y apellido al colegio... por rumores... porque cuando el río suena, piedras lleva”, cuenta la orientadora de un prestigioso colegio de Arauquita.

Actualmente el rumor gira alrededor de la guerra entre las Farc y el ELN en Arauca. El enfrentamiento de los dos grupos guerrilleros ha dejado, entre otros casos, muertes selectivas, desplazamiento forzado y reclutamiento de jóvenes y menores. No existen cifras o hechos claros cuando esto sucede. Al respecto, la Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos ha denunciado que en medio de esta disputa, que comenzó en noviembre de 2006, se están cometiendo crímenes de guerra en las áreas rurales de Tame, Fortul, Arauquita y Saravena.

El periódico El Tiempo escribió que las alcaldías de Tame y Saravena denunciaron que las Farc están reclutando a menores para combatir al ELN. Las familias se están yendo de la zona.

Todos sabemos que sí ha habido reclutamientos por parte de estos grupos, lo que no parece claro es dónde o cuándo. Pero como en todo rumor, no hay una cifra oficial al respecto, pues la gente tiene miedo de denunciar, de hablar y hasta de reconocer lo que sucede. ¿Será tan solo un rumor?

Calor en el páramo

En cuatro horas estaría en mi ciudad. Salimos temprano para llegar al desayuno en familia. En nuestro carro no llegaríamos después de las diez de la mañana.

En el Alto de la Virgen encontramos a dos hombres que vendían pescado. Seguramente la noche anterior había subido el río y por eso salieron desde las cinco a ofrecer sus peces. Íbamos por el páramo, por esa carretera por la que le deseábamos buena suerte y no buen viaje al que pasaba, cuando, al llegar a la cima, vimos un bus atravesado en la vía.

No eran tiempos fáciles. La gente decía que la empresa del bus que estaba ahí viajaba a una zona de influencia guerrillera. Sabía que no todos en el pueblo eran guerrilleros, pero eran las seis de la mañana de un día cualquiera, y ahí, frente al carro que con tanto esfuerzo compramos, estaba el bus atravesado.

Fueron minutos largos de silencio. De no saber qué pensar. Que estaba lleno de explosivos. Que era una trampa. Tuvimos miedo. En el carro estábamos mi esposo, mis dos sobrinos y yo. Pensamos en los pescadores, en la gente que vimos en el camino y que nunca antes habíamos visto.

Mi marido detuvo el carro. No sabíamos si regresar. Nos quedamos quietos, en silencio, mientras pensábamos si lo mejor era devolvernos. Otro carro se detuvo justo detrás de nosotros. Seguíamos inmóviles. Otro carro. Una larga fila.

Tiempo atrás había pasado que un bus atravesado era señuelo, pero ahí estábamos. Un hombre salió de su carro diciendo que era médico legista y que, seguramente, los que estaban dentro del bus necesitaban ayuda. Los demás carros ya formaban una larga cola detrás del nuestro. El médico insistió en acercarse al bus. En medio de los gritos se escuchaba que no lo hiciera, que era una trampa, que seguro tenía una bomba. El médico siguió adelante. ¿Y si había gente dentro esperando ayuda? Todos mirábamos, inmóviles.

Dio media vuelta hacia nosotros. Retrocedió. Había que pensarlo mejor. ¿Qué estaba pasando? En medio del silencio apareció, desde detrás del bus, un anciano pálido, con ruana. Se acercó a nosotros. “Váyanse –nos dijo–. Detrás de los árboles están ellos, y si llega el ejército va a armarse una plomacera”, dijo antes de volver a la parte trasera del bus y desaparecer. Quiénes eran “ellos”, qué pasó. No sabíamos si había alguien dentro del bus....

El médico subió a su carro y decidió pasar el bus, aprovechando el espacio que había al lado derecho de la carretera. Todos vimos cómo giraba y se perdía por detrás, mientras esperábamos ruidos de balas y buscábamos por dónde devolvernos. Pero no pasó nada, así que decidimos hacer lo mismo. Mi esposo les pidió a los niños que se agacharan en la silla trasera del carro y arrancó. Pasamos por el lado del bus, y allí, al otro lado, vimos a hombres, mujeres y niños acostados en la carretera, bocabajo, con las manos en la espalda. Todos estaban muertos. Parecía que les hubieran pedido formarse como en la fila de una escuela.

Días después supimos que se salvaron dos niños y su abuelo. Siempre pensé que ese hombre de la ruana nos miró como mira un sobreviviente.

Cuando el río suena, piedras lleva...

En esa época era presidente de la Junta de Acción Comunal de mi corregimiento. A oídos de la guerrilla llegó el rumor de que una de las organizaciones que manejábamos estaba controlada por paramilitares, y que yo, como mandaba, era quien decidía a quién matar, y me quedaba con la plata de los ahorros de la gente. Todos me decían “váyase, Mono, que lo van a matar”. No iba a irme. No debía nada, pero sentía miedo.

Un día, cuando llegué a mi casa, vi sentados a dos muchachos que todos sabíamos que eran de la guerrilla, al frente de una cantina. Los vi bajar, escuché unos disparos. Pensé que iban por mí. Luego supe que mataron a Humberto y a Carlitos, dos viejos amigos míos. En medio de mi zozobra siguieron las advertencias: “Mono, váyase, sigue usted”, pero no sabía por qué. Duraba hasta las dos de la mañana en una ventana, sin darme cuenta, sin sentir sueño, vigilando si alguien venía. No me miraban, pero yo a ellos sí.

Un día, por mi ventana, vi a Rafael, uno de los comandantes, que ya todos conocíamos. Sabía que andaba detrás de una muchacha que era mi vecina, y al verlo escondido detrás de un muro, viendo hacia mi casa, tuve la intención de dispararle. De pronto, me di cuenta de que la muchacha salió, y él se fue, muy tímido... Ahí supe que estaba por ella, y me sentí un poco avergonzado.

Como a los tres días estaba en la cocina de mi casa y mi esposa me dijo: “mijo, ahí viene el negro ese”... Traía una pistola en la mano, le daba vueltas, la hacía girar. Iba a entrar. Me armé de valor, aunque temblaba, y me hice detrás de la nevera. Le puse una cuchara en la cabeza y le dije: “quieto, ¿qué va a hacer?”. El hombre ni siquiera se timbró. “Ya lo había visto”, me dijo.

Ahí me acordé de un amigo, quien hacía años me había dicho que siempre que uno necesitara un tiempo para pensar tenía que tomarse un café. Le pedí a mi mujer que le diera uno, y que me sirviera otro a mí, para acompañarlo. Es que un café a tiempo calma los nervios, o los sube, pero con un tinto caliente uno alcanza a reaccionar, a pensar.

El tipo me dijo que nos sentáramos afuera. Acepté, y me llevé el cuchillo grandotote que estaba usando para herrar antes de verlo entrar a mi casa. Pensé que ese muchacho podía matarme, pero que si estaba cerca no lo intentaría, porque también yo podría hacerlo.

Buscamos una banca que estaba cerquita de la casa, y me le senté como a unos treinta centímetros, casi nos tocábamos con las piernas. Levanté del suelo un palito y, con mi cuchillo, me puse a hacer una figura con la madera mientras miraba al muchacho, con su pistola en la mano. De repente puso su arma en la banca. Le pedí a la mujer que nos diera más tinto, pero ya no quiso tomar, y me pidió que lo llevara en mi moto al pozo. Le dije que no podía porque estaba dañada, y sí, un rato antes le había sacado el carburador para que no me utilizaran así. Entonces se la ofrecí

para que la mandara a arreglar y bajara solo. “Ustedes tienen las armas –le dije– y ya que siempre lo han hecho así, pues vaya a la carretera, pare un bus y pida que lo lleven”. Dijo que no, y seguimos hablando. En un momento me preguntó por la plata y por los *paras*. Me puse a explicarle cómo se maneja eso en la Junta, y le pregunté si había venido a matarme. Me sacó mil excusas, pero no me respondió. Al final el hombre se fue. No era mi día, por eso puedo contar la historia. Quién sabe cuántos no alcanzaron a brindar un tinto caliente a tiempo.

Puente largo

Cuando lo construyeron, nosotros vivíamos al otro lado en una ranchita de palma. El puente debe tener unos quince años, porque cuando empezó la obra mi cubita apenas gateaba.

El río lo pasaban en canoa... Nos esperaban ahí en un charco hondo, que ya está seco, y valía como 300 pesos la llevada. No importaba que estuviera bravo, como en invierno; don Luis, el dueño de la canoa, atravesaba tranquilo hasta la otra orilla a la gente. Se mató, un poquito antes de que terminaran el puente. La gente decía que fue por despecho, que se suicidó borracho porque ya no iba a ganarse su platica pasando cosas en la canoa. La gente del caserío donde vivía se fue, y los hijos del finado ya están grandes... Las hijas ya tienen marido y todo. Con el puente y con la muerte de don Luis, ya no hubo más canoas: todo eso se acabó.

Ahora el río lo usa la gente es para bañarse, aprovechando que es clarítico y que rara vez cae pescado... Además, el río siempre ha sido bueno con el pueblo... El único que se ahogó fue un niño que se quedó enredado, el año pasado, en unas raíces. Era el consentido de los papás, como que no tenían más hijos.

Al puente sí lo cuidaban porque esa era la amenaza que tenía la guerrilla, que iban a tumbarlo, pero a los que vieron con intenciones los agarraron. Eso los soldados comían y dormían debajo del puente, y la Policía andaba encima cuidando a ver quién iba a pasar. Todavía si usted pasa los ve por ahí.

Un día, hace unos años, estaba en la tiendita que tenía arrendada allí arriba y vi a dos muchachos que se bajaron de un taxi. Eran monos, gordos, y llevaban unas tinas blancas no muy grandes. Eso no faltó quien se alarmara porque nunca antes los habíamos visto por estos lados, y como en esa época esto estaba tan caliente, le avisaron al Ejército. Es que iban ahí, de civil, pero embotados, caminando, haciéndose los bobos. Los persiguieron y por allá más abajo los cogieron. Por ahí nos contaron después que eran guerrilleros y que iban a volar el puente. También otra vez vinieron otros muchachos, esos sí con uniforme, y se la pasaban por ahí, caminando en el puente, bajaban, miraban las patas... Seguro querían venir por la noche a tumbarlo. No rayaron las paredes, ni dejaron papeles, ni hablaron con nadie. Esa vez también llamaron a la Policía, y también cayeron. Venían a volarlo también. Nunca más volvieron.

Historias de El Rosal

El comandante Julián me preguntó qué hacía trotando por ahí. Le dije que me gustaba hacer deporte en la mañana, que la costumbre de levantarme temprano me quedó de la época en que estuve en el seminario. Por ahí empezamos a hablar. Sabía mucho de teología de la liberación, porque también había sido seminarista. Conversamos largamente. Me regaló “El guerrillero invisible”, del cura Pérez, y como ya le había contado que trabajaba en la emisora del pueblo, me propuso que pusiéramos música y pasáramos pildoritas con mensajes filosóficos.

Nos vimos un par de veces más. Intercambiamos música y discutimos sobre filosofía marxista. Cuando llegó el Ejército a la zona, la guerrilla se fue. Nunca volví a saber nada del comandante. De vez en cuando, en la emisora, pongo las canciones de los discos que me regaló.

Por acá nunca había combates o tomas porque era una zona estratégica en la que ellos vivían. Aquí planeaban lo que iban a hacer en otros lados. Por allá abajo, en El Chirco, los guerrilleros tenían una zona de entrenamiento especializada en pipetas de gas. Uno los veía haciendo polígono, lanzando esa vaina, y sonaba durísimo. A veces los escuchaba por ahí contando que a fulanito se le fue mal la pipeta y se murió. Entrenar con los cilindros era como un castigo para ellos, porque todavía no manejaban bien la cosa y era normal que en vez de lanzarla lejos se les cayera encima y los matara.

Me pareció preciosa, y además brillante. Era la típica universitaria de yin, tenis, y camiseta. Muy inteligente, conversadora, de buen humor: una bacana. Empecé a hablarle, a ver si me le acercaba. Me contó que era profesora en un pueblo que quedaba cerca del mío. Un día llegué a la clase de filosofía y no la vi. No volvió más. Pero en verdad me gustaba, así que la siguiente vez que fui a mi pueblo pasé por el de ella a buscarla. Pregunté por la profe Carolina en la escuela, pero nadie la conocía. Fui al colegio, a la iglesia, a la alcaldía, al granero, y nadie me dio razón de ella. Me quedé unos días en otros asuntos, siempre preguntando por mi compañera, pero nada. Una noche me invitaron a una rumba. Me pareció como lejos porque caminé un montón antes de llegar. Había música, comida y trago por montones. Saludé a los pocos conocidos, estuve charlando con ellos y bailando. En medio de la gente me pareció ver a Carolina. Me froté los ojos. Llevaba puesto un camuflado, botas, tenía un fusil MGL y las balas colgadas en equis sobre su pecho. Un poco aturdido pregunté si era mi profe. “¿Profesora? ¡Qué va! Ella es la comandante Tatiana”.

Ya teníamos fichados a los ladrones. Estaba prestando el servicio militar y era la primera vez que participaba en una misión así. El plan era pasar por ese lado de la carretera, vestidos de civil, en una camioneta, y emboscarlos. Los vimos a lo lejos. Todo listo para capturarlos en flagrancia. Efectivamente nos hicieron parar, y nos amenazaron con sus armas hechas. Cuando íbamos a abrir las puertas para que se subieran al carro a robarnos, el comandante dio la orden: “cuando los tengan, disparen”. Creí que había escuchado mal, pero cuando se subieron los cuatro hombres, mis compañeros les dispararon así, a quemarropa. Sus cadáveres quedaron sobre nuestras piernas. No hubo capturas en mi primer operativo encubierto.

De vez en cuando los veíamos llegar de La Panamericana en camiones llenos de mercancía. Sobre todo en Navidad. Los *manes* paraban el camión en la plaza, se ponían gorritos de Papá Noel y empezaban a repartirles juguetes y ropa a los niños. También hacían fiestas para ellos: les celebraban la Nochebuena con comida y regalos para los chinos y sus mamás. Un día llegaron con una niñera cargada de Vitaras. Eso fue la dicha porque nos enseñaron a manejar los carros y a los que más rápido aprendimos nos los regalaron. Eso sí, nos exigieron que los tuviéramos listos por si se necesitaban para llevar enfermos o heridos a alguna clínica. Era buenísimo: todos andábamos por ahí con nuestro *carrazo*. La niñera en la que los subieron tuvo la misma suerte de los camiones que traían: salió *desvalijadita* del taller.

El Yupi nunca había visto un helicóptero. Cuando el Ejército llegó a sacar a la guerrilla, después de tres días de hostigamientos en los que nadie salió de su casa, Yupi vio descender el arpía en la plaza del pueblo. Como ya no estaban dándose plomo y la gente salía a mirar los huecos de las balas en los muros, él se animó a acercarse al helicóptero. Uno de los soldados lo vio por ahí sin oficio y le dio unos bultos para que los llevara hasta el otro lado de la plaza. Yupi los cargó sin quitarle los ojos de encima a la nave. Después no hablaba de otra cosa... Que si vio la hélice, que si pilló lo grandote, que qué sonido tan full...

Los militares se fueron y se acabaron los combates. Como a la semana, unos campesinos me contaron que lo vieron llorándole a un comandante, por allá en una vereda. No alcanzaron a escuchar lo que decían. Al otro día Yupi apareció en la carretera con dos tiros en la espalda y un letrero en el pecho que decía “por sapo”.

Magdalena Centro

La casa fantasma (video en animación)

Cristian Quintana (Puerto Boyacá)

Producción de historia: Alirio González

Los vecinos de una población cercana al río Magdalena dicen que había una casa en la que, en las noches, se oían ruidos espantosos y risas escalofriantes. Y que al pasar cerca, entre el mar de humo de olor desagradable, se veían chispas diminutas por toda la casa. Afirman que en ella vivían seres fuera de lo normal, porque al detenerse frente a la casa observaban en sus ventanas las sombras de los personajes envueltos en humo. El aspecto de la casa era macabro. Entonces empezaron a llamarla “la casa fantasma”.

La historia es que, hace aproximadamente quince años, jóvenes del sector eligieron esta casa como su lugar de reunión para meter vicio. Sus cuerpos eran extremadamente delgados, la piel casi pegada a sus huesos, completamente deteriorados por el estilo de vida que llevaban. En sus rostros ya no había alegría, ni nada bueno que expresar, sus miradas eran vacías, solo con verlas daba miedo, y también tenían ojeras muy pronunciadas.

Un día los grupos de limpieza social de la ciudad empezaron a visitar la casa, con el fin de raptar a estos jóvenes y sacarles información sobre quiénes eran adictos y quiénes eran los jibaros que les vendían las drogas. Los golpeaban hasta el cansancio con garrotes, les iban cortando partes del cuerpo hasta lograr la información, y finalmente los asesinaban. Para deshacerse de los cuerpos los lanzaban al río o los dejaban tirados a las afueras del pueblo:

Los habitantes del sector, ya cansados de sentir temor, de tener tan cerca la muerte y de ver morir de tan horribles maneras a los jóvenes, se propusieron acabar con esta situación. En unión con asociaciones cristianas, el Instituto de Bienestar Familiar, la Policía y la Alcaldía, crearon un programa de ayuda al drogadicto. El programa de ayuda incluía la escuela de colores para los niños y el transporte de jóvenes a centros de rehabilitación, que muchas veces tenía que ser a altas horas de la noche y en las madrugadas, y disfrazados de mujeres para que no fueran atrapados. Y ahora, después de tanto tiempo, se puede decir que en el sector se respiran aires de paz, amor, vida, esperanza y convivencia.

Viaje sin regreso (video en animación)

Un sábado de mañana lluviosa, sesenta campesinos se transportaban en una escalera desde Florencia hacia Samaná. Desde la noche anterior llovía torrencialmente, lo que hizo que se taponara la carretera con varios deslizamientos de tierra. Uno de esos arrasó con la escalera, lanzándola hacia un abismo.

Cuando la noticia llegó a Samaná, de inmediato partieron las ambulancias, seguidas de carros particulares. Cerca a este pueblo se encontraba el primer derrumbe que impedía el paso de los carros; los socorristas se vieron obligados a buscar ayuda con personas que pudieran aportar motos, para poder llegar hasta el accidente.

En el recorrido, los motociclistas se enfrentaron a múltiples derrumbes, algunas veces cruzando por encima de ellos, o evadiéndolos, y atravesando cafetales y potreros; por sus cabezas rondaban muchas imágenes acerca de, lo que creían, se iban a encontrar. Faltando pocos metros para llegar, alguien les dijo que debían devolverse, y le entregó a uno de ellos una camilla para que la llevaran al hospital de Samaná.

Cuando los motociclistas llegaron al pueblo, embarrados y con la camilla, la gente, sin importar la lluvia, salió a la calle a preguntarles por lo ocurrido y por el estado de los campesinos, a lo que ellos respondían que no tenían ni idea.

Se dirigieron al hospital a entregar la camilla, y allí les contaron que las personas se habían bajado de la escalera antes del derrumbe, que la única víctima mortal había sido un marranito que traían en la parte superior, y que una comisión de Florencia había llegado primero y, al ver lo que había pasado, llamaron al hospital para que no mandaran personal al lugar del accidente, pero la noticia había llegado demasiado tarde.

Y esa historia se convirtió en canción.

El incendio

Un estruendo despertó las familias vecinas al parque del corregimiento La Danta, municipio de Sonsón. Por las explosiones pensamos que la guerrilla estaba en el pueblo. Al asomarnos, nos sorprendimos al ver que el granero del parque estaba en llamas. Las personas gritaban desesperadas para que las familias que aún estaban durmiendo salieran a ayudar a apagar el incendio. Todos corrieron a sacar mangueras, para conectarlas a unas llaves que había en el local de enseguida. En las casas vecinas las mujeres llenaban los baldes con agua, para que los niños se los llevaran a los adultos y estos fueran apagando el incendio. Otras personas fueron al hospital para que les prestaran los extintores y así ayudar, y una llamó a los bomberos del pueblo más cercano, que era Jerusalén, pero cuando llegaron el incendio ya estaba controlado.

Cuando el incendio terminó nos dimos cuenta de que había cuatro heridos con quemaduras de segundo grado, y uno se había descompuesto la muñeca. Las autoridades dijeron que el incendio fue ocasionado por un corto circuito, y que las explosiones se debían a unas cajas de bebidas alcohólicas y a unas pipetas de gas, las cuales propagaron más el miedo y el incendio.

Cuando las últimas llamas se estaban apagando llegó el dueño del granero, no habíamos tenido tiempo de avisarle. Se desesperó, pero en medio de su tristeza empezó a ayudar con la limpieza. Luego de unas horas, el dueño del local dio a

conocer que la pérdida había sido de aproximadamente 200 millones de pesos... No había sido la guerrilla, gracias a Dios.

Los chuzos

Hace diez años, a un pueblo del suroccidente de Cundinamarca, en la celebración de sus ferias y fiestas, llegó una persona procedente de Bogotá vendiendo chuzos, y todos querían comerlos; comparándolos con los que vendían en el pueblo, estos tenían una textura diferente y un sabor más agradable. Tres días después de las ferias y fiestas, en una quebrada que quedaba muy cerca al pueblo, unos niños se encontraron cuatro costales. Curiosos, fueron a observar su contenido, y cuando los abrieron descubrieron unas cabezas de perros. Después de una exhaustiva investigación, se llegó a la conclusión de que los chuzos que se habían consumido en las ferias y fiestas habían sido hechos con la carne de dichos animales; lo más paradójico del cuento es que nadie resultó intoxicado. En la actualidad no se sabe si aún se siguen consumiendo estos “deliciosos” chuzos.

Villa cuchillo

En el colegio de San Pedro, Diego Alexander Castillo empezó a tener roces con sus compañeros. El 25 de julio, a la salida de clases, se agarró a puños con Diego Alexander Díaz. En esa pelea también intervino Jonathan, hermano de Díaz. Luego de la pelea Castillo empezó a formar su pandilla, con puñalita y marihuana. El siete de agosto Jonathan le dio un puño a una amiga de Castillo. Al día siguiente se realizó una formación especial en el colegio, donde los profesores anunciaron la expulsión de Castillo. Los alumnos fueron a los salones, Castillo se quedó hablando con el coordinador y algunos de los profesores. Luego sacó una puñalita y le dio seis puntazos al coordinador hasta dejarlo tirado en el suelo, casi muerto. Empezó a correr para escapar. Fue entonces cuando un padre de familia que portaba un arma se la dio a uno de los enemigos de Castillo. Este empezó a correr detrás de Castillo y le disparó hasta lograr que se tirara al suelo rendido. En ese momento llegó su tío junto con la Policía y lo detuvieron. Fue entonces cuando todo el mundo se enteró de que Castillo era un fugitivo de la correccional de menores. Se lo llevaron preso y el coordinador logró sobrevivir.